



Un corazón cambiado

7 de noviembre

Veresa, un niño de 14 años de edad, escuchaba quieto mientras el médico hablaba con sus padres.

—Su hijo tiene un soplo en su corazón —les dijo el doctor—. Es por eso que tiene dolores de cabeza y no puede correr como los otros niños. Pero un equipo de médicos de Australia puede restaurar su corazón y darle una oportunidad de tener una vida saludable y normal. Lo pondré en la lista de cirugía cuando llegue el equipo.

Veresa vive en una aldea de Fidji, una nación-isla en el Pacífico Sur. Sintió alivio al saber que los doctores podrían hacer algo para ayudarlo a curarse. Trató de no preocuparse acerca de la cirugía, y en vez de eso enfocarse en la esperanza de una vida mejor cuando su corazón sea reconstruido. Esperaba con ansias el día en que el equipo médico llegara y lo operasen. Lo único que quería era estar sano.

Nueva salud, nueva vida

La cirugía de Veresa fue un éxito, pero quedó en el hospital durante un mes mientras se recuperaba. Sus padres no podían quedarse con él en el hospital, por lo tanto su enfermera llegaba a menudo a conversar con él cuando no tenía otro paciente a quien cuidar. Los dos llegaron a ser buenos amigos, y Veresa esperaba sus visitas y pláticas para alegrarlo. Ella a menudo le hablaba acerca de Jesús y de muchas cosas de la Biblia.

El muchacho había crecido en un ambiente religioso e iba a la iglesia con sus padres todos los domingos, pero nunca había oído algunas de las cosas que su enfermera le decía o le leía de la Biblia. Dos cosas en particular impresionaron vivamente su mente: el sábado y los alimentos inmundos.

Por fin Veresa pudo salir del hospital y regresar a su casa. Recordó lo que su enfermera le había dicho, y el primer sábado que pasó en su casa, decidió ir a la iglesia adventista cercana. No estaba seguro de lo que sus padres pensarían acerca de su visita a la iglesia, por lo tanto no les dijo nada. Se vistió con la ropa que usaba todos los días y guardó su ropa de vestir en una bolsa, la cual se puso al llegar a la iglesia.

Encontró al pastor y le hizo muchas preguntas acerca del sábado y otras cosas, de las cuales su amiga enfermera le había contado.

¿Por qué haces esto?

Veresa asistió a la iglesia adventista durante varias semanas antes de decirle a su familia adónde iba. Se sorprendieron aún más cuando les dijo que quería convertirse en adventista del séptimo día.

—¿Por qué quieres dejar nuestra iglesia? —le preguntaron. Trató de

explicarles lo que había aprendido en el hospital y con el pastor. Quería que comprendieran que no estaba dejando la iglesia de *ellos*; estaba siguiendo el verdadero camino de Dios.

—Si insistes en seguir asistiendo a esa iglesia —le advirtió su padre—, entonces no regreses a casa.

Al muchacho le dio mucha tristeza la reacción de sus padres a su deseo de conocer a Dios, pero silenciosamente empacó la poca ropa que tenía y sus libros de escuela en una bolsa y se fue a la iglesia.

Después del culto Veresa le contó al pastor que sus padres le habían expulsado de la casa, y que no tenía adónde ir.

—Puedes vivir con nosotros —le dijo el pastor. Veresa se bautizó y se quedó con el pastor y su familia durante cinco meses. Cada sábado, al dirigirse a la iglesia, pasaba frente a su casa. Pero cuando se detuvo para saludar a su familia, le pidieron que se fuera.

Pero un lunes por la mañana sus padres fueron a visitar al pastor. Le pidieron que le dijera a Veresa que regrese a casa. Con gusto el muchacho regresó a casa; extrañaba a su familia. Ellos lo recibieron con alegría. No trataron de forzarlo a que asistiera a la iglesia de ellos ni de cambiar su mente sobre sus nuevas creencias.

Puerta a la esperanza

Veresa compartió lo que estaba aprendiendo en la iglesia con sus padres. Y cuando el pastor adventista anunció que habría un seminario que duraría un mes, el muchacho invito a sus padres, su tía y su hermana a que asistieran a las reuniones con él. La familia entera asistió a todas las reuniones. El corazón de Veresa se llenó de esperanza confiando en que su familia se uniría a la iglesia adventista con él. Pero cuando los invitó a seguir las verdades de Dios y se bautizaran ellos se negaron.

—Hasta ahora no se han convertido al adventismo —dice Veresa—. Guardan el sábado como yo, desde el viernes de tarde hasta el sábado de tarde, pero no van a la iglesia conmigo excepto en ocasiones especiales. Tenemos una buena relación, y espero que un día no muy lejano se unirán a la familia de Dios y podremos adorar juntos nuevamente.

Oremos por Veresa y su familia. Y recuerden que sus ofrendas misioneras pueden ayudar a darle a la gente alrededor del mundo una oportunidad de escuchar las verdades de Dios y aceptar su amor en sus vidas.